

FERNANDO GONZÁLEZ VIÑAS

# **EL CORDOBÉS Y EL MILAGRO POP**

el paseillo

2022

© Fernando González Viñas, 2021  
© de esta edición: Editorial El paseillo S. L., 2022  
[www.elpaseillo.com](http://www.elpaseillo.com)

1ª edición: diciembre de 2022

Fotografías: Ricardo (Archivo Fotográfico CajaSur),  
autorías indicadas en pies de fotos y archivo del autor.

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno  
Corrección: Nieves Porras  
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-126357-1-3  
Depósito legal: Co -1945-2022  
Código THEMA: DNB; NH

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión  
total o parcial de este libro sin la autorización previa y por  
escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

# Índice

1.	<i>Bienvenido, Mister Marshall</i>	10
2.	Del Pipo al pop	16
3.	«Mirinda es un placer, en cada gota más sabor»	22
4.	Papel higiénico El Elefante	30
5.	<i>Viridiana</i> en El Pardo visita al gatopardo	37
6.	Aprendiendo a consumir. <i>Aprendiendo a morir</i>	42
7.	El hijo de Saturno devora a su padre	49
8.	El cuestionario de Proust y la magdalena del Cordobés	53
9.	Don Arturito Pomar	57
10.	Fiebre taurina	62
11.	El último muerto de la guerra civil	64
12.	<i>Merde d'artiste</i>	67
13.	Soledad Miranda en <i>Vampyros lesbos</i>	71
14.	América: <i>the bullring by the sea</i>	75
15.	Tragicomedia de Calixto y Melibea - Geraldine Chaplin o el rabo de Sevilla	79
16.	<i>Si lo dice la televisión, debe ser verdad</i>	85
17.	«Geraldine se ha enamorado del Cordobés»	90
18.	En este número: ¡La batalla de la Galaxia! ¡Lex Luthor - Cañabate contra Supertorero!	93
19.	Hay un hombre en España que lo hace todo	100

20. Réquiem por Mozart	108
21. La vida de los Otros: Platanitos y Pánicos	111
22. La fórmula matemática del salto de la rana	117
23. <i>¿Es esto lo que hace a los hogares de hoy tan diferentes, tan agradables?</i>	122
24. Los idus de marzo	126
25. El surrealismo es él	130
26. El socio del Avecrem	133
27. El quinto Beatle	136
28. El ente terráqueo y refulgente	141
29. La zarpa de Goya	149
30. «I wanna love you Cordobés»	152
31. «Menschliches, Allzumenschliches»	153
32. La almohada	156
33. Un Cordobés del tebeo	160
34. El turismo es un gran invento	167
35. Una liebre, un pavo y un loro disecado	172
36. «El Cordobés, amenazado de calvicie prematura»	176
37. Bajo los adoquines está la playa	178
38. Miguel Mateo <i>Miguelín</i> : detengan a los sospechosos habituales	182
39. «Suspicious minds»	185
40. El Cordobés detenido en Madrid por la policía	188
41. El toreo reposado	190
42. «El Cordobés sufrió un accidente aéreo, sin consecuencias»	192
43. <i>Rien ne va plus</i> : la última transgresión	193
44. La <i>omertà</i>	196
45. Grave cogida del Cordobés en Bogotá	199

46. <i>To be or not to be</i>	200
47. «Los más célebres la llevan»	203
48. ¿Sueñan los toros con ovejas eléctricas?	204
49. El Cordobés mito	208
50. El primer punk de España	211
51. La paradoja espacio-temporal de los ruedos	212
52. «¡Er jamón!»	217
53. Yo me debo al pueblo	220
Bibliografía	223



Brian Epstein yace en su cama. Su vida se apaga. 1967. Le falta un mes para cumplir los 33 años. No llegará a septiembre. Hay fijado en la pared de su casa un cartel de toros en el que se anuncia en grandes letras un nombre que ya es un mito. El inglés Brian Epstein, nacido en Liverpool, es un gran aficionado a los toros. Viaja a España cuando su tiempo como mánager se lo permite y asiste a algún ruedo. Brian Epstein siente pasión por el nombre de ese torero que se anuncia en el cartel que preside su lecho de muerte. Un día se entrevistó en España con ese hombre para negociar la realización de un film en el que ese joven rubio compartiría pantalla junto a sus cuatro pupilos. Él, Brian Epstein, es el responsable de que cuatro muchachos de Liverpool sean más famosos que Jesucristo. Cuatro rebeldes de pelos largos que han roto todas las convenciones musicales, sociales y marcan la llegada de la era pop. Brian Epstein sabe que antes que ellos y en circunstancias más excepcionales –una dictadura de fondo, un origen desdichado, un hambre sin remedio–, el hombre que aparece en el cartel ya llevaba el pelo largo, ya había roto todas las convenciones sociales y ya había impuesto su propio canon en su profesión y en su vida. Para Brian Epstein aquel hombre es un milagro, el milagro pop. A Brian Epstein le hubiese gustado ser apoderado de toreros, apoderado de un ídolo de masas. Pero él solo es un mánager, el mánager de The Beatles. Brian Epstein agoniza, va a cerrar los ojos y nunca más los abrirá. Mira el cartel de toros y lee por última vez aquel nombre que parece decirle adiós, aquel nombre al que él vio un día torear en Torremolinos: Manuel Benítez *el Cordobés*.

# 1. *Bienvenido, Mister Marshall*

En 1957 Manuel Benítez Pérez solo era Manuel Benítez Pérez, un don nadie. Había nacido en 1936 y a los 20 años era, como una buena parte de la población española, un Carpanta. Hacía ya diez años que el dibujante José Escobar había creado en la revista *Pulgarcito* a aquel personaje de sombrero canotier que soñaba con un pollo asado que saciase su hambre. Veinte años después de la guerra, el país seguía instalado en la autarquía del hambre que impuso el régimen emanado de la guerra civil, autarquía tanto en su concepto ideológico como en el económico. El llamado caudillo, Francisco Franco Bahamonde, natural de El Ferrol de sí mismo, y sus ministros falangistas consideraban que más allá de las fronteras de España el mundo era una conspiración judeomasónica de la que había que mantenerse alejada. España estaba sola, aislada por la ONU hasta la llegada de las bases americanas, pero España no necesitaba a nadie, se alimentaba de las trasnochadas glorias de su imperio, de la raza, de la hispanidad; España era una, grande y pobre. El país, ya a la cola de Europa económicamente incluso antes de iniciarse la guerra civil, acabó aún más rezagado que los países que acababan de salir de una devastadora Segunda Guerra Mundial. Las ciudades languidecían, el campo sufría «la pertinaz sequía que inunda nuestros campos», eslogan-tótem que el caudillo utilizaba para evitar meterse en política. Y frente a la pertinaz sequía, el régimen pregonaba la felicidad del tradicionalismo cultural español: las danzas regionales, la nobleza baturra, la misa y los reyes católicos como los héroes que corrían galopando por las venas del pueblo. El opio del pueblo no llevaba cafeína, era un sucedáneo llamado achicoria.

Manuel Benítez Pérez, huérfano, criado por su hermana mayor en Palma del Río (Córdoba), detenido de continuo por robar naranjas para

alimentarse, imita a los protagonistas del film *Surcos* (1951) de José Antonio Nieves Conde y huye a la gran ciudad en busca de sustento. Pero, como les ocurre a los protagonistas de *Surcos*, también Pérez de apellido, malvive en Madrid, un pobre más que llega del campo con el deseo de ser torero, la incapacidad de lograrlo de capea en capea, y la realidad de unas pesetas ganadas colocando ladrillos en el sector de la construcción. El 28 de abril de 1957 salta vestido de paisano desde el tendido al ruedo de la plaza de toros de Las Ventas, pierde el equilibrio al saltar y el toro de la ganadería de Escudero Calvo lo coge repetidamente y lo hace volar. Será el primero de muchos vuelos futuros. Tras la paliza y ante la atónita mirada de los espectadores, él mismo salta la barrera hacia el callejón, donde dos guardias civiles lo escoltan camino de comisaría, será la fotografía de un desharrapado que años después se convierte en icónica. Más cornadas da el hambre.

En 1957 la situación económica del país era insostenible y el país lograba esquivar la bancarrota gracias a las dádivas en forma de millones de dólares de los EE. UU. a cambio de las bases militares instaladas en España –Morón, Rota, Sevilla, Cádiz– acordadas en los Pactos de Madrid (1953). Corría 1957 y Manuel Benítez Pérez y John B. Hollister, director de la International Cooperation Administration, saben que en España no hay que llamarse Carpanta para pasar hambre. De hecho, las muertes por hambre se disfrazan en la estadística oficial como «pulmonía». En todo el mundo es conocido el frío español, las heladas veraniegas que causan tanta pulmonía en la canícula ibérica. La pulmonía de la nada para comer. La joven Carmen Laforet había ganado en 1945 el prestigioso Premio Nadal con una novela titulada *Nada* y los españoles seguían teniendo la nada en sus platos de comida. En 1957 es de nuevo una mujer quien gana el Nadal, Carmen Martín Gaité con *Entre visillos*, cuyas protagonistas, como el país, parecen no tener expectativa alguna en la vida.

Los EE. UU. ven con preocupación paternal –Franco compensa con su anticomunismo la verdad de su régimen dictatorial– la situación económica de España. El país no fue incluido en el Plan Marshall que reconstruyó Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Con amargura lo reflejaron el guionista Rafael Azcona y el director Luis

García Berlanga en el film homónimo, *Bienvenido, Mister Marshall* (1953). En España, a inicios de la década, Mister Marshall pasa veloz y sin mirar por la ventanilla sentado en sus *haigas*, el coche más grande que *haiga*, se decía. Pero Mister Marshall, amigo de los que consideran el comunismo el brazo de Satán, prepara su desembarco en España. El mismo año en el que el film de Berlanga llega a las pantallas y gana el Festival de Cannes, se firman los Pactos de Madrid: bases americanas a cambio de ayuda económica. Como un adelanto a lo que se espera que llegue, en 1953 el régimen da por oficialmente derogada la cartilla de racionamiento que regulaba la compra de productos básicos, sin hacer por supuesto ninguna mención al estraperlo, medio de supervivencia para muchos españoles.

En 1957, los EE. UU. habían desembolsado doscientos millones de dólares en ayuda. Pan para hoy y hambre para mañana. John B. Hollister, director de la agencia estadounidense estatal International Cooperation Administration, una especie de agencia de desarrollo internacional encaminada a ayudar económicamente a otros países, elabora un memorándum, una hoja de ruta para sacar a España de la tragedia económica que la autarquía, ese ideario falangista que se mira en la extinta Italia de Mussolini, ha provocado en el país. Casi veinte años después de finalizar la guerra civil, la economía del país sigue en cifras inferiores a las que había al inicio de la guerra. Hollister envía su hoja de ruta al embajador estadounidense en España. Se acabaron las dádivas, el tapar agujeros, se hace necesario un plan de estabilización que ha de llevarse a cabo desde dentro y para el cual se pondrá a disposición de España dinero de los organismos económicos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), del gobierno de los EE. UU. y de bancos privados americanos. Hay que evitar que los albañiles se lancen al ruedo por falta de obras. El problema de que España no pertenezca al FMI ni al Banco Mundial se solucionará sobre la marcha, basta la palabra de EE. UU. para que en 1958 España sea admitida por la puerta de urgencia. El resto hay que hacerlo desde dentro: en febrero de 1957 se reforma el gobierno, y el ministro de Presidencia, Carrero Blanco, hace tabula rasa en los ministerios que gobiernan las pesetas. Los ideólogos de la Falange con sus camisas azules se ven

desplazados por los tecnócratas del Opus Dei. Más misa, sí, pero con el brillo del oro. De la Meca a la ceca. Los encargados de remar en la dirección del rescate serán Laureano López Rodó, como secretario técnico de la Presidencia, Mariano Navarro Rubio como ministro de Hacienda y Alberto Ullastres como ministro de Comercio, junto a la sorprendente elección de Joan Sardá Dexeus, un liberal que había estado exiliado hasta 1956 y que es nombrado director del Servicio de Estudios del Banco de España, gracias al activo de ser un hombre muy cercano al francés Gabriel Ferras, director del FMI para Europa. Franco, que mantiene sus reticencias a la apertura al exterior que el nuevo gobierno impone, aún cree que la corrida de toros del país se libra solo de puertas para adentro, en el seno de la autarquía. Cuando el ministro de Industria, Joaquín Planell (un militar), defiende en el consejo de ministros el intervencionismo estatal a través del INI, el caudillo dicta su aprobación con una frase lapidaria: «Se le conceden las dos orejas y el rabo».

Reunidos los mimbres, el objetivo es sacar a España de la autarquía, la elaboración de un plan de estabilización que, contando con los millones de los EE. UU. y de los organismos internacionales, abran el país económicamente al exterior, liberalice las importaciones y exportaciones, reduzca la intervención del Estado en la economía, contengan la inflación elevando los tipos de interés, congelen los salarios y los sueldos públicos, elevados artificialmente los años anteriores para compensar la inflación, fijen un cambio adecuado a la peseta, que pasa de 42 a 60 por dólar y, en definitiva, acabe con la miseria del país, con los maletillas hambrientos y sin futuro. El Plan de Estabilización se aprueba por decreto ley el 21 de julio de 1959. Una corriente internacional, al menos en una parte del mundo, en el bloque occidental, parece coincidir en la llegada de nuevos tiempos: otros países como Bolivia (1956), Francia (1958) o Argentina (1958) también desarrollan sus planes de estabilización.

El mismo año de 1959 en que se aprueba el Plan, un 13 de septiembre, Manuel Benítez Pérez se viste por segunda vez de luces en una novillada en Loeches (Madrid). Lo había hecho por primera vez en Talavera de la Reina en agosto de 1959, si no contamos una actuación en Roa de Aranda como sobresaliente de un rejoneador, en la que no

tuvo oportunidad de dar un solo pase. Manuel Benítez desconoce por completo lo que es el arte del toreo, no tiene unos mínimos rudimentos técnicos, ni estilo, y jamás ha practicado el toreo de salón que depura gestos y maneras. Comparte cartel con Manuel Gómez Aller, un ebanista de Vallecas que ha llegado andando a Loeches porque no tiene ni para comprarse una bolsa de pipas Facundo, cuya publicidad, con la imagen de un toro moribundo a los pies de un torero, se expresa con un eslogan sublime: «Siento dejar este mundo sin probar pipas Facundo». Una premonición. En la precaria plaza portátil de Loeches, el toro que ya había cogido y enviado a Manuel Benítez a la enfermería, hace lo propio con Manuel Gómez. Una cornada en la femoral. Los médicos no logran estabilizar al pobre Manuel Gómez, al Carpanta Manuel Gómez, y este fallece en la cama contigua a la de Manuel Benítez en el hospital provincial. Siento dejar este mundo sin probar pipas Facundo. La escena parece calcada del libro *Los clarines del miedo* (1958), de Ángel María de Lera, novela llevada al cine por Antonio Román el mismo año de la edición, con Francisco Rabal de protagonista. Francisco Rabal *el Aceituno*, es el Benítez que sobrevive en la plaza de carros del pueblo; Rogelio Madrid *Filigranas*, protagoniza al joven cuya vida es segada por un toro. El dios toro que cada canícula aparece por las plazas de carros y talanqueras, por los pueblos españoles a recoger las ofrendas, sus víctimas propiciatorias, empujadas por el deseo de fiesta y revolcón, de la tauromaquia voladora del público rural, como amargamente describe Ángel María de Lera.

El Plan de Estabilización ha llegado tarde para rescatar la vida de los maletillas cuyas capacidades taurómacas son ínfimas. El Plan, incluso, ejerce efectos negativos sobre la economía española durante los dos primeros años. Pero será solo el paso atrás para dar el salto. Entre 1960 y 1971 solo Japón crecerá más que España, de esta España que, partía de la nada, de unos años perdidos en la autarquía ideológica, en el ombligo del Imperio de los Reyes Católicos, en la unidad de destino en lo universal que proclamaba el ideario falangista asumido por la dictadura. En 1971, Manuel Benítez Pérez, conocido ya en todo el mundo como el Cordobés, parece ya haber olvidado la muerte de su compañero Manuel Gómez y las miserias de la España en blanco y negro que

el Plan de Estabilización dejó atrás. En 1971 España es de color, los turistas acuden en masa en busca de sol y playa, el desarrollismo y la emigración a Alemania y Suiza han absorbido los *Surcos* agrarios de la mano de obra del campo, el pop ha sustituido a la copla, las masas y sus gustos han pasado de ser despreciados como algo infame a ser la cultura dominante: lo pop ha triunfado. En 1971, Manuel Benítez Pérez, se retira de los ruedos. La cultura glam y la psicodelia sustituyen al pop, la dictadura franquista tiene fecha de caducidad, con la muerte al acecho del caudillo, una anacrónica rémora en la Europa occidental. Desde 1959, la España del Plan de Estabilización pasa veloz de la autarquía al pop y Manuel Benítez se convierte en el Cordobés, la figura icónica de la época del nacimiento de la cultura de masas en España, de la era pop. El paso de Manuel Benítez al Cordobés es el paso de la España en blanco y negro a la España en color, de mirarse el ombligo autárquico a mirar el ombligo de las suecas. Y el Cordobés será el actor principal de aquella década caleidoscópica.